

Juan 14:1-11

Sermón Juan 14:1-11 Pascua 5, 1999 Lecturas Hechos 17:1-15;
1 Pedro 2:4-10; Juan 14:1-12

¹No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. ²En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. ³Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. ⁴Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. ⁵Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? ⁶Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí. ⁷Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto.

⁸Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta. ⁹Jesús le dijo: ¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre? ¹⁰¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. ¹¹Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras.

Los cristianos no tenemos inmunidad de las tristezas y las turbaciones de esta vida. Hay los que imaginan la vida cristiana así, pero la verdad es que tenemos la carne, la naturaleza pecaminosa, tenemos debilidad, de modo que no siempre tenemos la confianza que debemos tener. Tenemos falta de conocimiento, y lo que hemos aprendido con la mente, no siempre lo sabemos aplicar como debemos cuando venga alguna prueba.

Así que este texto, lleno de las palabras de Jesús, es muy necesario y útil para nosotros. Es como un antídoto contra las turbaciones de nuestros corazones que tan fácilmente entran en nuestras vidas. Aquí Jesús nos dice, esencialmente, **Tengan el corazón tranquilo**. Luego nos da tres grandes razones por las que podemos tener la tranquilidad. Jesús nos prepara un hogar celestial, conocemos el camino a ese lugar y hemos visto a Dios.

Jesús, en el capítulo 13, versículo 33, había dicho: “A donde yo voy, vosotros no podéis ir”. Esto llenó de tristeza a los discípulos. Temían esa separación que está implícita en las palabras de Jesús. Comenzó a turbarse su corazón. ¿Qué harían sin Jesús a su lado? ¿Qué habría de todas sus esperanzas? Preguntas necias, sí, pero preguntas que vienen tan fácilmente

cuando no entendemos totalmente los caminos por los cuales Dios nos conduce a través de esta vida.

Pero Jesús no quiere que permanezcan en ese estado agitado. Les recuerda el propósito de su ida, por qué se separará visiblemente de ellos por un tiempo. Les dice: **Sepan que les preparo un hogar celestial.** Es cierto, Jesús sería tomado de ellos mediante una terrible y cruel muerte en la cruz. Y aún después de volver por un breve período después de su resurrección, otra vez sería tomado de ellos cuando ascendiera a los cielos. Pero eso no debe ser motivo de congoja ni de tristeza. Si tan solo se dieran cuenta del motivo de su ida, sólo les debe llenar del mayor gozo. Les conviene, realmente, que Jesús se vaya de ellos.

Jesús va a preparar un lugar para ellos. Les asegura que en la casa de su Padre hay muchas moradas. Es una manera de decir que hay mucho lugar en el cielo. Hay muchas *moradas*, es decir, no es alojamiento temporal, sino un verdadero hogar permanente. Y esas moradas son *para ellos*. Eso es importante. Sin Cristo y su obra, nadie podría entrar en esas moradas. El pecado excluye de la familia y la casa de Dios. Y los discípulos, y todos nosotros, somos pecadores. La misma turbación de nuestros corazones muestra eso, porque si tuviéramos el grado de confianza en Dios que deberíamos tener, no podríamos tener nada de miedo ni de turbación.

Así cuando Jesús habla de ir a preparar un lugar para ellos, les está asegurando que esa ida a través de su muerte, resurrección y ascensión, todo lo cual se hace para la salvación de los pecadores, debe quitar toda turbación de sus corazones.

En realidad, no los está abandonando. Sólo va para preparar un lugar. Pero la separación será solamente temporal. “Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis”. El cielo no sería el cielo sin Jesús allí, así que conviene que él se vaya. Pero no es para que él esté allí, mientras nosotros tengamos que pasar la eternidad aquí en la tierra separados de él, como sueñan los Testigos de Jehová. No, Jesús promete que vendrá otra vez, y no para volver al modo de estar aquí en la tierra que tuvo en su estado de humillación, durante su ministerio de tres años, sino en gloria y para llevar a nosotros a su habitación gloriosa. Si Cristo pertenece al cielo, ése es también el hogar verdadero y permanente de todos los a quienes él ha redimido y hecho hijos de Dios por la fe en él.

De esto pueden depender. “Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho”. Solo deben confiar, en Dios y en Cristo, y se quitará la turbación de sus corazones.

Pero hay otro hecho que debe quitar la agitación y la duda de los corazones de los discípulos y de nosotros. Jesús quiere que **conozcamos el camino al cielo**. De hecho, dice a los discípulos que ya conocen ese camino. Jesús les había dicho repetidas veces que era necesario que él sufriera y muriera, y después de tres días resucitaría. Les había hablado de volver a su Padre, y de la venida del Espíritu Santo. Después de ser obediente hasta la muerte, Jesús sería coronado con gloria. Y creyendo en él, el crucificado y resucitado, ellos también llegarían al mismo destino celestial que su querido Señor. Cuántas veces no había dicho Jesús que el que creyere en él tiene la vida eterna, y que Jesús lo resucitaría en el día postrero.

Esto es lo que hace que nos sorprende que Tomás reaccionara: “Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?” Pero Jesús le recuerda que lo que dijo acerca de conocer el camino realmente es correcto, porque le conocen a él. “Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”.

Yo soy el camino, dice Jesús. Con esto indica la única manera de llegar al cielo. Es por medio de la fe en Jesús. Es por la fe en él y en su obra para salvar a los pecadores con su muerte en la cruz que las personas llegan al cielo. Y no hay otro camino. “Nadie viene al Padre, sino por mí”. Hay los que enseñan que todas las religiones son iguales, que todos enseñan diferentes caminos pero que todos llevan al mismo destino. Jesús niega eso enfáticamente aquí. Hay un solo camino al cielo, y es Jesucristo, Dios que se hizo hombre, y llevó nuestros pecados y culpa a la cruz, expiándolo todo. Este Cristo es el único que entra con derecho al cielo, y el único que puede abrir las puertas para que también nosotros entremos. Hay muchos que no conocen el camino a donde va Jesús, y a menos que encuentren ese único camino, se perderán eternamente. Pero los discípulos realmente sí conocían ese camino, de hecho estaban en ese camino. Y nosotros también conocemos ese camino y estamos en ese camino si confiamos en Jesucristo como nuestro único Salvador del pecado, la muerte y el infierno.

Jesús es la verdad. No sólo habla la verdad, sino él mismo es la realidad de la gracia de Dios. En Cristo tenemos a alguien en quien podemos poner la confianza absoluta para la salvación. El no echará fuera a ninguno que venga a él.

Y porque es el camino y la verdad, es también la vida. El que entregó su vida en la cruz conquistó la muerte que nos tenía encadenado con nuestros pecados. La resurrección de Cristo nos declara perdonados, totalmente libres de todos nuestros pecados. Cuando lo creemos, lo tenemos, de modo que Cristo nos da la vida, la vida verdadera y eterna. Estábamos muertos en delitos y

pecados, ahora Cristo nos ha vivificado con el bautismo y la palabra del evangelio. “El que cree en el Hijo tiene la vida eterna”. Así que, hay otra razón potente que debe quitar la turbación de los corazones de los apóstoles y de nosotros. Sabemos a dónde va Jesús, y lo que es más importante, sabemos cómo llegar nosotros allá también.

Pero Jesús todavía no ha terminado de aliviar la tristeza y la turbación de los corazones de los discípulos. Quiere que **vean al Padre**. De hecho, también les asegura que lo han conocido. “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto”. Esta vez es Felipe el que protesta que no han visto al Padre, y si tan solo Jesús les mostrara al Padre quedarían contentos. “Felipe le dijo: Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”.

Jesús luego le contesta: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo, pues, dices tú: Muéstranos el Padre?”

Nadie conoce al Padre por sí mismo. Es cierto, los hombres pueden llegar a saber que existe un Dios al observar las obras de la creación, las maravillas de la naturaleza. Pero no pueden saber quién es ni cómo está dispuesto hacia ellos. También hay un conocimiento de Dios que está implícito en la ley que está escrita en los corazones de todos los hombres, pero esto sólo puede revelar a Dios como el Juez que condenará a los hombres a causa de sus pecados.

Pero para realmente ver al Padre y conocerlo, tenemos que acudir a donde él se nos ha revelado, y esto es en su Hijo Jesucristo. “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”. De hecho, Cristo puede decir en nuestro texto: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí”. Cuando dice que él está en el Padre y el Padre en él, está hablando de la unión más perfecta que existe. Son dos Personas, pero al mismo tiempo absolutamente unidos. Está diciendo lo mismo que expresó en otro lugar con palabras diferentes: “Yo y el Padre uno somos”.

Así cuando Jesús hace algo, el Padre está haciéndolo al mismo tiempo. Cuando Jesús habla, el Padre está hablando. Jesús no hace nada independientemente, separado de su Padre, y el Padre no hace nada separado de su Hijo. De modo que realmente es cierto lo que dice Jesús: “El que me ha visto a mí, ha visto al

Padre”. Cuando oímos palabras consoladoras como las de nuestro texto, no tenemos que preguntarnos, ¿pero qué dirá el Padre? El Padre ya ha hablado a través de su Hijo. Así que cuando mediante la Escritura vemos el corazón amoroso de Jesús, vemos al mismo tiempo la actitud del Padre, su corazón amoroso. Cuando vemos la bondad de las obras de Jesús, vemos al mismo tiempo y en esas mismas acciones la bondad del Padre celestial. Así que, realmente, “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Jesús entonces concluye este asunto con las palabras: “Creedme que yo soy en el Padre, y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras”. Las obras y las palabras de Cristo están descritas en la Sagrada Escritura. Allí, y en ningún otro lugar, conoceremos a Cristo, y conociendo a él, conoceremos al Padre. Pero conociéndolo a él como el misericordioso Señor y Salvador que es, ¿cómo se quedará nuestro corazón turbado y atormentado? Tenemos a un Salvador que no escatimó esfuerzos para hacer todo lo necesario para nuestra redención. Tenemos a Cristo, el mismo que dio su vida por nosotros, intercediendo constantemente por nosotros en la presencia de su Padre celestial. Cristo está en el Padre y el Padre en él, de modo que es imposible que el Padre le diga no al Hijo que es de su mismo ser y sustancia.

Cristo ha preparado un lugar para nosotros, y vendrá otra vez a llevarnos allí. Él mismo es el camino, para que creyendo en él nosotros también lleguemos a ese glorioso final. Y al conocer a Jesús, conocemos todo el amor que Dios el Padre celestial tiene hacia nosotros. No duden, luego, no se turbe su corazón. Crean en Dios, y crean también en Cristo con la misma fe. En este Dios hay segura salvación. Amén.